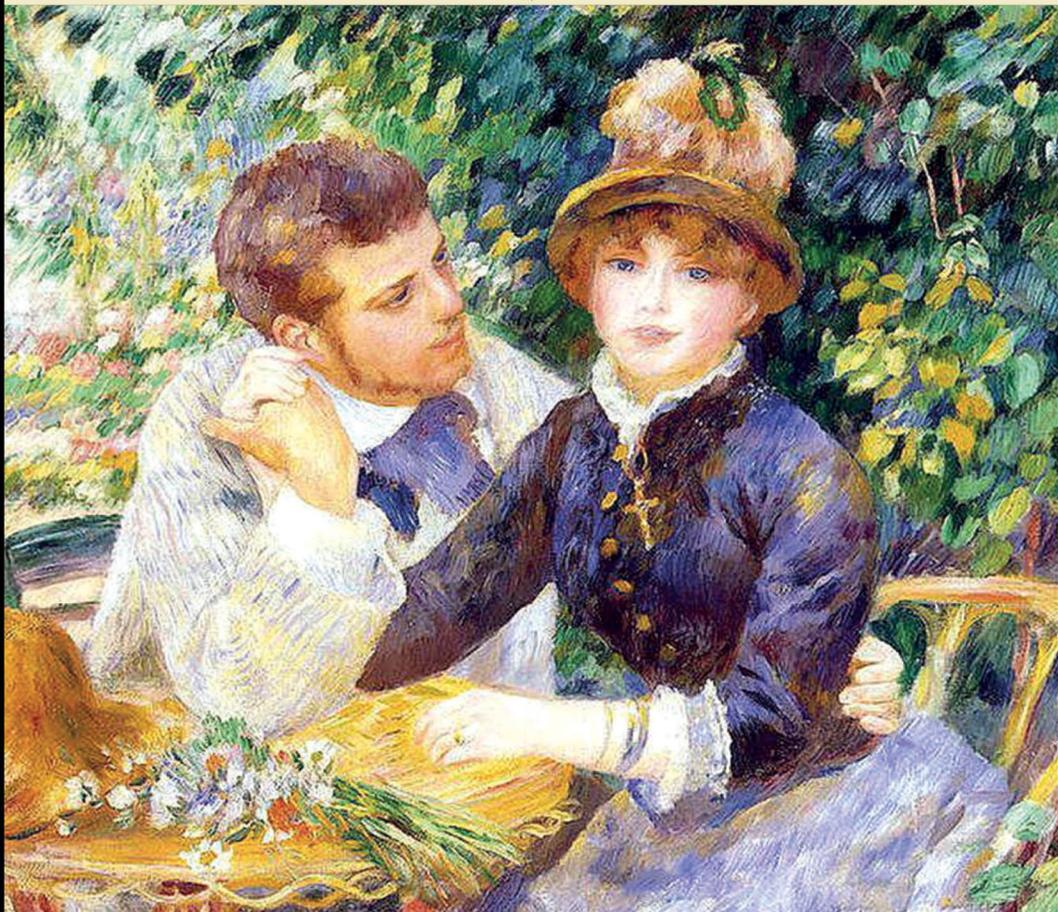


D. H. LAWRENCE

La segunda Lady Chatterley

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



2.^a EDICIÓN

La versión de *El amante de Lady Chatterley*
que el autor no quiso publicar



La segunda Lady Chatterley

D. H. Lawrence

La segunda
Lady Chatterley

(John Thomas y Lady Jane)



Traducción de Gonzalo Gómez Montoro y J. M. Lacruz
Postfacio de Gonzalo Gómez Montoro



Primera edición: septiembre de 2013
Segunda edición: enero de 2023

Título original: *John Thomas and Lady Jane*
(*Second version of Lady Chatterley's Lover*) (1927)

© de la traducción: J. M. Lacruz, 2013
© de la traducción y del postfacio: Gonzalo Gómez Montoro, 2013

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

BIC: FC

ISBN: 978-84-125219-8-6
Depósito Legal: M-30575-2022

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Dans le jardin* (1885), Auguste Renoir

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.



Nota a la presente edición

D. H. Lawrence redactó esta historia tres veces. Cada redacción creaba, de hecho, una nueva obra; esta escritura de tres versiones diferentes de *El amante de Lady Chatterley* mucho tuvo que ver con una serie de progresivas autocensuras por parte del escritor con vistas a la publicación de un libro que sabía que escandalizaría y que por ello decidió publicar a cuenta de autor, en 1928. No se equivocaba, pues hasta 1960 no pudo volver a editarse sin cortes la obra en su idioma original. El libro que tiene el lector en las manos es la segunda versión que escribió D. H. Lawrence de *El amante de Lady Chatterley*; esta versión, titulada originalmente *John Thomas y Lady Jane*, escrita en la primavera de 1927, aparte de contar con unas 20 000 palabras más que la tercera y mundialmente famosa, constituye una novela totalmente diferente: es, por un lado, una reelaboración mejorada de la algo esquemática primera versión, redactada en 1926; y, en relación con la conocida versión (hay que reconocer algo verbosa y con grandes parrafadas pseudofilosóficas, como si el autor quisiera justificar de antemano sus opciones estéticas e ideológicas frente a las críticas que venía venir), en esta, los personajes son más de carne y hueso y menos los «portavoces» de

los diferentes puntos de vista ideológicos: así, nuestra Constance, la protagonista, vive su sexualidad de un modo más primario, no es todavía la cuasi intelectual de la versión final; y su marido, Sir Clifford, es un hombre poseído más por una sed de poder que el vicioso y perverso de la tercera versión, que se hace amante de la criada, la señora Bolton, quien, a su vez, tampoco es aquí es la mujer retorcida y vengativa, arquetipo de la maldad, de la versión canónica, sino una mujer desengañada de la vida, sin más. Pero el personaje más radicalmente diferente (hasta el extremo de llevar aquí otro apellido, pues no se apellida Mellors, sino Parkin) es Oliver Parkin, el guardabosques, el amante de Constance: aquí es un antiguo minero tosco y primario, sin ninguna educación, y no el esbelto exoficial del Ejército reconvertido en eremita que será luego el guardabosques Oliver Mellors, políglota y capaz de hablar, si menester, hasta el inglés de las clases altas. De ahí que el choque de clases sociales entre los dos amantes sea inmensamente superior en esta versión que se dispone a abordar el lector. El papel panteísta que desempeña la naturaleza, auténtico personaje *à part entière* de este libro, y el final de la obra, son asimismo elementos distintivos. Para mayores detalles sobre las diferencias entre versiones, véase el postfacio del cotraductor, Gonzalo Gómez Montoro, al final del libro.

Un comentario ahora en cuanto al título: el propio autor dudó a lo largo de la redacción de las tres versiones: aparte del definitivo *Lady Chatterley's Lover* (*El amante de Lady Chatterley*, jugó con la idea de llamar el libro *Tenderness* («Ternura») y *My Lady's Keeper* (algo así como «El guarda de la señora»); pero, sobre todo, quiso titular esta segunda versión *John Thomas and Lady Jane*, que es como denominaban los protagonistas coloquialmente los órganos sexuales masculino y femenino en la tercera y famosa versión. Fue Juliette Huxley (la esposa de Julian Huxley) quien, habiendo leído algunas de las transcripciones de los manuscritos, le dio la

idea: «Juliette ha leído el libro y está moralmente hastiada, hasta tal punto que me ha aconsejado que titule el libro *John Thomas and Lady Jane*. Y como de un ataque de malhumor puede surgir a veces una buena idea, he adoptado rápidamente la propuesta de título» (carta de D. H. Lawrence a Witter Bynner, 13 de marzo de 1928). Luego, por razones obvias, tuvo que olvidarse de tal título. Pero la idea no era nueva: ya en un cuento publicado en 1915, *Tickets, please*, el autor nos presenta a uno de los personajes, un revisor de tranvías, del siguiente modo: «John Thomas Raynor, al que llamaban John Thomas, e incluso, más malévolamente, el Tranca». Por razones evidentes no hemos querido traducir este «John Thomas and Lady Jane» por términos sexuales alusivos, y lo hemos dejado como subtítulo en la portada interior, pues la novela es todo menos una novela pornográfica, y la censura de la que fue objeto, disfrazada de ultraje a las buenas maneras y acusación de pornografía, se debió sobre todo a una filosofía del amor libre más allá de las clases sociales y a una subversión anarquista del orden establecido.

Esta segunda versión que ve ahora la luz al fin en castellano se publicó por primera vez en una traducción italiana en el año 1954; su versión original inglesa —en la que nos hemos basado— tuvo que esperar hasta 1972, y la traducción francesa, hasta 1977. La hemos titulado finalmente y con cierta libertad *La segunda Lady Chatterley*, pues el propio autor se refería a su libro, tanto en su correspondencia como en su ensayo *A Propos of Lady Chatterley's Lover*, 1929 (*En defensa de Lady Chatterley*, de próxima publicación en esta editorial), con esta expresión: «Mi Lady Chatterley», privilegiando así a Constance como la verdadera protagonista de la obra.

En cuanto al tipo de dialecto o lenguaje vulgar que usa el guardabosques, tanto Gonzalo Gómez Montoro como un servidor hemos creado una sistema que se «visualiza» en esta versión castellana mediante el uso de ciertos vulgarismos y formas dialectales

castellanas, marcado con cursivas, con la esperanza de que el lector se percate de la diferencia de registro idiomático entre los dos amantes, tal como lo percibe un lector de habla inglesa en el texto original. Confiamos en que nuestro intento de recreación del habla del guardabosques no haya sido del todo fallido.

J. M. L.

La segunda Lady Chatterley

I

Nuestra época es esencialmente trágica, así que nos negamos a tomarla trágicamente. Se ha producido el cataclismo, nos hemos acostumbrado a las ruinas, y empezamos a construir nuevos y pequeños lugares donde vivir nuevas y pequeñas esperanzas. Si no podemos trazar un camino entre los obstáculos, damos un rodeo o escalamos hasta la cima. Tenemos que vivir, sin que nos importe cuántos cielos hayan caído. Tras habernos retorcido las manos trágicamente, ahora nos disponemos a pelar las patatas o a encender la radio.

Esta era la postura de Constance Chatterley. La guerra la había dejado en una situación muy difícil. Pero ella se mentalizó para vivir y aprender.

Se había casado con Clifford Chatterley en 1917, cuando él volvió a casa durante un mes de permiso. Tuvieron un mes de luna de miel. Luego, él regresó a Flandes, para ser embarcado de nuevo rumbo a Inglaterra seis meses después, más o menos hecho trizas.

Constance, su mujer, tenía por entonces veintitrés años, y él, veintinueve.

El apego de él a la vida fue prodigioso. No murió, y las trizas parecieron regenerarse. Durante dos años permaneció en manos de los médicos. Después, se le consideró curado y pudo volver de nuevo a la vida con la mitad inferior de su cuerpo, de las caderas hacia abajo, paralizada para siempre.

Esto ocurría en 1920. Constance y Clifford regresaron a casa de él, la casa familiar, Wragby Hall. Su padre había muerto, Clifford era ahora baronet,¹ era Sir Clifford, y Constance era Lady Chatterley. Fueron para hacerse cargo del hogar e iniciar su vida de casados en el deteriorado hogar de los Chatterley. Clifford no tenía parientes cercanos. Su madre había muerto cuando él era niño. A su hermano mayor lo habían matado en la guerra. Tullido para siempre, con unos ingresos más bien escasos y sabiendo que nunca podría tener descendencia, Clifford volvió al hogar con su joven esposa para mantener vivo, mientras pudiera, el apellido de los Chatterley.

No estaba deprimido. Podía desplazarse solo en una silla de ruedas, y tenía otra con un pequeño motor incorporado, así que él mismo podía conducir lentamente por el jardín y, fuera, por el bello y melancólico parque del que tan orgulloso estaba y al que solía referirse con tanta ironía.

Al haber padecido tanto, la capacidad de sufrimiento, en alguna medida, lo había abandonado. Permanecía distante, feliz y risueño: casi alegre, diríase, con el rostro lozano, saludable y agraciado, y los ojos azules, desafiantes y llenos de vida. Las espaldas eran anchas y recias, las manos eran muy fuertes. Vestía ropa cara hecha a medida, y lucía hermosísimas corbatas de Bond Street. Y, a pesar de todo, se le notaba también en la cara la mirada vigilante —pero también la vaga indiferencia— de un tullido.

1. Título nobiliario inglés entre barón y caballero, sin equivalente fuera de Inglaterra.

Había estado tan cerca de perder la vida que lo que le quedaba le parecía extraordinariamente valioso. Se veía en el brillo de sus ojos lo orgulloso que estaba de sí mismo por hallarse vivo. Pero lo habían herido hasta tal punto que algo dentro de él se había vuelto insensible, y ya no podía sentir más.

Constance, su mujer, era una chica lozana, de aspecto rural, pelo moreno y suave, cuerpo robusto y movimientos parsimoniosos, pero llenos de una energía desusada. Tenía los ojos grandes, azules e interrogantes, una voz dulce y grave, y parecía como recién llegada de su pueblo natal.

De ningún modo era así. Su padre, el viejo Sir Malcolm Reid, fue en su día un muy conocido contralmirante escocés de la Marina Real, y su madre había sido una activa fabiana² en los buenos tiempos. Entre artistas e intelectuales reformistas, Constance y su hermana Hilda habían recibido lo que podría llamarse una educación cultural poco convencional. Las habían llevado a París, Florencia y Roma por motivos artísticos y, por otros motivos, las habían llevado a La Haya y Berlín a las grandes convenciones socialistas, donde los oradores hablaban en todos los idiomas, y nadie se sentía intimidado. Las dos chicas no se turbaban lo más mínimo, ni por el arte ni por las arengas. Todo esto formaba parte de su mundo. Eran a la vez cosmopolitas y provincianas, pero con un provincianismo intelectual y un cosmopolitismo también intelectual.

Clifford también había pasado un año en una universidad alemana, en Bonn, estudiando química y metalurgia y asuntos relacionados con el carbón y las minas. Como todo el dinero de los Chatterley provenía de las regalías del carbón y de su participación en la compañía minera de Tevershall, Clifford quería ponerse al día.

2. La Sociedad Fabiana fue fundada en Inglaterra en 1883 por simpatizantes socialistas, con el propósito de llevar a cabo una reforma del capitalismo que evitara la explotación y la miseria. Entre los fabianos se encontraban George Bernard Shaw y H. G. Wells.

Las minas estaban bastante descuidadas y mal explotadas. Él era el segundo hijo. Le convenía darle un impulso a la fortuna familiar.

Durante la guerra se había olvidado de todo eso. Su padre, Sir Geoffrey, hizo desembolsos en pro del país sin prudencia alguna. Clifford también fue imprudente. No os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo...³

Pues bien, ¡hoy es el mañana de aquel día!

Pero Clifford, teniente primero de un regimiento de élite —o que lo había sido—, conocía a casi todo el mundo en el cuartel general, y rebosaba energía. Constance le gustó enseguida: primero, por su aspecto de muchacha modesta y lozana; pero luego por el arrojo que anidaba bajo su dulzura y serenidad. Él se las arregló para conseguir libros alemanes recientes, y se los leía a ella en voz alta. Era emocionante saber cómo se sentían «ellos», tener una sonda en el otro bando. Él tenía familiares «metidos en el ajo» y, por lo tanto, también él mismo estaba bastante «metido en el ajo». No era gran cosa, pero era algo que confería cierta superioridad irónica a los jóvenes que, como Clifford y Constance, estaban por encima del patriotismo de vía estrecha. Y ellos estaban muy por encima de eso.

Para cuando apareció *Untergang des Abendlandes*,⁴ Clifford ya era un hombre destrozado, y, cuando Constance se convirtió en ama de Wragby, las frías cenizas habían comenzado a apagar los destellos del ardor bélico. Era el día después, el gris mañana del que nadie se había preocupado.

Wragby era una casona baja, alargada y vieja, de piedra marrón, más bien tétrica, situada en un promontorio y con vistas a un hermoso parque más allá del cual, sin embargo, se podía ver la alta chimenea y las ruedas giratorias de la mina de carbón de Tevershall. Pero esto a Constance no le molestaba. Ni siquiera le molestaba el

3. Cita bíblica. Véase Mateo 6:34.

4. *La decadencia de Occidente* (1918, el primer tomo; 1922, el segundo), obra filosófica más conocida del alemán Oswald Spengler (1880-1936).

repiqueteo de las cribas al filtrar el carbón o los silbidos de las locomotoras que interrumpían el silencio. Solo a veces, cuando el viento soplaba desde el oeste —lo que ocurría a menudo—, Wragby Hall se llenaba del olor sulfuroso y desagradable de una bocamina en combustión. Y cuando las noches eran muy oscuras y las nubes estaban bajas y uniformes, las grandes manchas rojas del cielo, reflejadas desde los hornos de Clay Cross, le producían una sensación extraña y profunda de temor, de miedo misterioso.

Ella nunca había vivido en una región industrial, solo en las colinas de Sussex y en las colinas escocesas, y en Kensington, y en otros entornos bastante agradables para la vista. Allí, en Wragby, se hallaba dentro de la extraña esfera de influencia de Sheffield. Los cielos eran a menudo muy sombríos, parecía no haber luz natural, como si se viviera bajo tierra. Incluso las flores eran a menudo un poco oscuras al crecer en el aire sucio. Y siempre había un olor débil, o fuerte, a algo extraño, algo que surgía del subsuelo, carbón, azufre o hierro, o lo que fuera, en el aire que uno respiraba.

Pero ella era estoica. Tenía toda la vida por delante. Tenía a Clifford, que la necesitaría mientras viviera. Y estaba Wragby, la pobre, descuidada y vieja mansión de Wragby, que había permanecido sin ama durante muchos años. Y tenía ciertas obligaciones para con la parroquia. Se sentaba algunas veces, pocas, en la vieja iglesia de Tevershall, que se erguía oscurecida y muda entre unos cuantos árboles, en lo alto de la colina sobre la que se esparcía el feo poblado minero a lo largo de más de una milla. Pero ella no era una feligresa asidua, y Clifford, tampoco. Invitaban a tomar el té al párroco dos veces al año, se suscribieron a obras de beneficencia, y eso era todo. Constance probó a entrar en contacto con las mujeres de los mineros. Quería saber cómo era su mundo. Pero el pueblo era tan feo y sórdido y era tan evidente que las mujeres de los mineros no la apreciaban que lo dejó, y se quedaba casi siempre dentro de los límites del parque.

Clifford nunca salía del parque en su silla. No soportaba que los mineros lo mirasen como una curiosidad, aunque fuese con lástima. Tanto la curiosidad como la conmiseración le molestaban. Podía aguantar a los sirvientes de Wragby. Él les pagaba. Pero a la gente de fuera no la soportaba. Se volvía irritable y hosco.

También por eso tenían muy pocas visitas. Los vecinos, la gente del condado, todos acudieron con mucha amabilidad y buenas intenciones en cuanto supieron que los Chatterley habían vuelto. ¡Pobre Clifford! ¡Quién lo iba a decir! ¡Pobre Sir Clifford Chatterley! ¡En la guerra! ¡Es terrible! La duquesa de Oaklands fue a verlos, y hasta lo hizo con el duque. Y se mostró casi maternal. «Si alguna vez puedo ayudar en *cualquier cosa*, querida, estaré más que encantada. Al pobre Sir Clifford le debemos toda la amabilidad, toda la ayuda que le podamos dar. ¡Y a ti también, querida!». Por entonces la duquesa se consideraba a sí misma una muy noble institución benéfica. «Yo vivo para hacer el bien entre mis vecinos».

—¡Gracias a Dios que se han ido! —suspiró Sir Clifford—. Les dije que nunca podríamos ir a Dale Abbey.

—¡Pero si han sido muy agradables...! Si bien algo patéticos, siempre intentando hacer lo más correcto —dijo Constance en voz baja.

—Diantres, Connie, tienes que estar más curtida que yo, si es que puedes soportarlo...

Constance no lo soportaba. Pero entonces supo que ya no tendría que hacerlo más. El duque y la duquesa difícilmente volverían. Lo mismo ocurría con los demás vecinos: no estimaban a Clifford, solo sentían lástima por él. Siempre había sido demasiado intelectual, demasiado irrespetuoso; se creía muy listo y se comportaba de modo demasiado democrático como para caer bien a los vecinos del condado. Pensaban que él se burlaba de todos ellos. Incluso se había hecho pasar por una especie de socialista, además de haber escrito aquellos poemas y artículos de prensa pacifistas. No era verdade-

ramente peligroso, claro. En el fondo era tan conservador como el propio duque. Pero se pavoneaba con esos aires de tribuno del Partido Laborista, y lo mejor era dejarlo con su pavoneo. La gente del condado sabía perfectamente cómo hacerlo.

Así que, después de la terrible experiencia de las primeras semanas, Wragby se convirtió de nuevo en un lugar solitario. Los familiares de Clifford iban de vez en cuando a hacerles alguna breve visita. Él tenía algunos parientes muy nobles por parte de madre y, aunque era tan demócrata, y había llegado a usar «maldito sea» en sus poemas, todavía valoraba que su tía fuera marquesa, y su primo, conde, y su tío... Bueno, su tío, lo que fuera. A él le gustaba que vinieran a Wragby una vez al año, como mínimo. También había varios Chatterley que ocupaban cargos oficiales en el Gobierno de forma permanente: posibles buenas influencias, pero como huéspedes resultaban más bien sosos. Y a veces iba Tommy Dukes. Ahora era *brigadier general*, pero en el fondo era el mismo Tommy de siempre. O alguna lumbrera de Cambridge u otro poeta cuya breve inspiración se había marchitado, pero que todavía era una buena compañía. A menudo, cuando no se trataba de ningún pariente, acudía algún hombre solitario, que solía fumar en pipa y que llevaba zapatos recios de cuero, que no era convencional pero sí espantosamente culto, y extremadamente agradable con las mujeres, aunque estas no le importasen nada, y prefería quedarse a solas con Clifford en una conversación propia de solteros. Constance estaba acostumbrada a este tipo de hombre joven, que ya no lo fuera tanto. Conocía perfectamente su sensibilidad y su voz peculiar y distinguida. Ella sabía cuándo estaba *de trop*.⁵ Sabía cuándo «los hombres» querían sentirse particularmente viriles, masculinos y sin necesidad de mujeres, como si todavía estuvieran en las habitaciones del King's o del Trinity College. Y ella tenía su propio cuarto de estar, dos tramos de escalera más arriba. Aunque eran de lo más amables y gentiles, casi hasta lo embarazoso,

5. En francés en el original, significa «de más».

los amigos de Clifford no estaban realmente interesados en ella. Sentía que los incomodaba. Así que se retiraba.

Clifford y ella estaban muy solos. Los meses pasaban, incluso los años. Clifford, con sus ojos muy abiertos, brillantes y duros, se adaptaba a la vida que tenía que llevar. Leía mucho, aunque nada le interesaba profundamente. Nunca volvió a escribir. Pero a veces cogía un lienzo pequeño y salía al parque a pintar. Hubo un tiempo en que le encantó hacer sus pinitos pictóricos. Constance también hacía ilustraciones y extraños dibujos para libros antiguos. A veces le publicaban sus ilustraciones; y se había hecho un nombre con su trabajo. Clifford estaba muy orgulloso, y siempre enviaba estos libros a sus parientes nobles, aun sabiendo que no la admirarían *realmente* por mostrar aquellas habilidades de maestra de escuela. Y eso que era hija de un miembro de la Royal Academy, al que la nación había nombrado caballero, y se la consideraba una advenediza, pero al menos era arte en el sentido más oficial.

Para Clifford, la gran emoción de estar vivo empezaba a disiparse. Al principio, le emocionaba mucho ser capaz de empujar la silla lentamente hasta el bosque, y ver caer las hojas, o una ardilla que recogía nueces, o una comadreja saltar a través del camino, o escuchar el golpeteo de un pájaro carpintero. Se llenaba de un júbilo extraño e intenso. «¡Estoy vivo!, ¡estoy vivo!, ¡estoy en la plenitud de la vida!». Y cuando veía un conejo muerto, al que un armiño había atrapado para después verse obligado a abandonarlo, pensaba: «¡Ja!, ¡así que tú eres uno más que muere, eso eres, mientras que yo estoy vivo!». Y cuando un perrillo de la casa saltaba frente a él, bailando vivaracho, cavilaba: «¡Ah!, ¡puedes brincar! Estás lleno de vida y energía, pero, como mucho, solo tienes por delante una docena de años. ¡Una docena de años! Para entonces yo tendré cuarenta y seis, la flor de la vida. Y tu vidita se habrá acabado». Pero en el fondo pensaba: «¿Viviré? ¿Viviré hasta los cuarenta y seis? ¿Viviré quizá hasta los sesenta? ¡Veintiséis años más! Si los alcanzo, no puedo quejarme». Y si oía gritar un conejo, atrapado por una comadreja o en

una trampa, su corazón se detenía un segundo, y entonces pensaba: «¡Hay otro más que ha muerto!, ¡otro más!, ¡y yo no me he muerto!». Y sentía una extraña y excitante alegría.

Nunca reveló a Constance su obsesión por la muerte, pero ella la presentía y evitaba el tema. Aun así, ella no advertía la emoción extraña y misteriosa que le embargaba cuando cogía una escopeta, en otoño, y disparaba a los faisanes: la extraña y horrible emoción que él sentía cuando veía un pájaro aletear por el aire y caer describiendo una curva. Después se sentía triste y agitado. Y ella intentaba convencerle de que dejara de cazar. «No es bueno para tus nervios, Clifford». Y durante mucho tiempo él no tocaba la escopeta. Luego, alguna tarde, salía en la silla y se apostaba a esperar un conejo o un pájaro. Era mero deporte. Pero al mismo tiempo, cuando veía caer muerto algún animal, un soplo repentino de exultación y triunfo inundaba su corazón. Y estaba orgulloso de su puntería. Y pensaba que le era muy conveniente preservar su coto.

Tras dos o tres años en Wragby, cuando ya se había hecho a la idea de estar vivo con su invalidez, el entusiasmo que le había hecho avanzar comenzó a desvanecerse. Se volvió irritable y crispado. Se sentaba largos ratos sin hacer nada. Constance intentaba que se interesase por la vieja casa, que necesitaba reparaciones, y por la pequeña finca de Wragby. Pero él no se esforzaba lo más mínimo. Las minas de carbón de Tevershall producían menos que nunca, los escasos ingresos de los Chatterley menguaban.

—Tú sabes mucho de minas, Clifford —decía ella—. ¿No *podrías* hacer algo con los pozos? Imagina si tuvieran que cerrarlos, qué miseria para la gente, y qué agobio para nosotros...

—Todo tendrá que cerrar a largo plazo —decía él en su tono duro, indiferente.

—Tendremos que abandonar Wragby.

—Todo el que ha vivido en Wragby ha tenido que abandonarlo un día u otro —contestaba él—. Eso haremos tú y yo también.

A ella oírle decir esto le producía escalofríos. Él tenía un instinto de conservación que era una obsesión tremenda. Era riguroso con la comida y prefería comer mucho a comer poco, no por el placer de comer, sino para alimentar su vida futura. Pensaba demasiado en el hecho de alimentarse para vivir. No podía dormir, y eso lo torturaba, porque sentía que perdía fuerzas. Lo que más le inquietaba no era la falta de sueño, sino que su vida estuviese amenazada. En ese caso, no soportaba que se le preocupase por nada: había que apartarlo de todo, por temor a que le afectase los nervios.

Silenciosa y obstinada, Constance trabajaba sin descanso día tras día. Tenía una fuerza de voluntad discreta, pero muy poderosa, que se había visto obligada a emplear. Se fijó el propósito, cuando llegó a Wragby con Clifford, de llevar a cabo la tarea. Su matrimonio aún podía salvarse. Ella lo quería así, y nunca cejaría en su empeño. Para ella, Clifford nunca podría ser un verdadero marido. Vivía con él como una monja casada, convertida de nuevo en virgen por falta de práctica. El recuerdo de su mes de vida de casados se había vuelto para ella irreal, estéril. Viviría como una virgen. Se mentalizó para aceptarlo con todo su ánimo. Y casi exultaba por ello. Casi por crueldad hacia sí misma, se reprimía con delicado rigor y se regocijaba por su esterilidad.

Eso fue durante los primeros años. Y entonces algo empezó a ceder bajo la presión. Se volvió anormalmente silenciosa, y tenía arranques violentos si se dirigían a ella de repente. Con la sólida y sosegada pesadez de su voluntad, había apartado el sexo de su vida y de su mente. Como a ella se le negaba, lo despreciaba y no lo quería. Pero algo estaba cediendo en ella, algún cimiento estaba siendo socavado lentamente. Podía sentirlo. Y si se hundía, Clifford se hundiría con ella, encima de ella. Lo sabía.

A veces, le parecía que el mundo entero era un manicomio, y Wragby, el centro de una vasta y delirante locura. Tenía miedo a todo, a ella misma más que a nada. Pero aún no se rendía. No derra-

maba ni una sola lágrima, nunca sentía pena de sí misma. Con ritmo constante, obstinado, transcurrían sus días con una monotonía que era en sí misma una locura. Por la mañana, pensaba: «Ahora me levanto, ahora me lavo, ahora me pongo un vestido, ¡el mismo vestido verde de punto! Ahora bajo las escaleras: ¡las mismas escaleras! Ahora abro la puerta de Clifford, ¡y ahora le digo buenos días!, ¡los mismos buenos días! ¡El mismo Clifford tras la misma puerta, yo mirándole de nuevo para saber cómo está!». El tic-tac monótono y mecánico se convirtió para ella en una verdadera demencia.